

Pensar sin tregua

(*Diario de Navarra*, 24. 10. 1998)

“La primera labor que tenemos como Euskal Herria es comenzar a *pensar*“, dice ETA en su comunicado. Ni creo poder confundirme con Euskal Herria ni que esa abstracta Euskal Herria como tal pueda emprender una tarea propia del ser humano, pero concuerdo con la banda en que aquí y ahora no hay labor más urgente que empezar a pensar. Hasta sospecho que, de haber pensado unos y otros algo más, no habríamos llegado a una situación tan desventurada y la inmensa legión de asesinados viviría hoy tan tranquila entre nosotros. Así que propongo, mientras ETA no se retire del todo, que aquí no se mueva nadie. Que haya un alto en los movimientos, tácticas, declaraciones, *posicionamientos*, alianzas, frentes y mesas. Este País Vasco ya ha demostrado con creces su afición al juego del escondite, más que al de pelota, y su denodada capacidad de moverse para continuar en el mismo sitio, o sea, sin salir del frontón. Démonos una tregua para pensar. Estoy seguro de que para muchos será una experiencia novedosa, por no decir estremecedora.

Bien sé lo difícil de la tarea. Como “al enemigo, ni agua”, abundan en esta tierra los que no exponen más argumentos de peso que sus mitos o sus armas. Pero es el caso que la sequía de pensamiento político también engendra malas ideas y que las malas ideas producen a menudo malas acciones. Que conozcamos o no el teorema de Pitágoras, una idea teórica, en nada afecta a la organización de nuestra vida colectiva; pero de comprender mejor o peor el fundamento legítimo del poder (pongamos por caso), que es una idea *práctica*, se seguirá con cierta probabilidad nuestra salvación civil o el desastre.

Pues bien, a ver si se entiende: hay ideas que no sólo llevan a la hostilidad política permanente, sino que en último término convocan a (o consienten, justifican, estimulan) la matanza. El que todas las ideas puedan ser “expresadas democráticamente”, según reza el Pacto de Ajuria-Enea, no convierte sin más a cualquiera de ellas en democrática. Más bien aquello que un historiador francés escribió de la Revolución de 1789 cuadraría hoy con bastante exactitud al País Vasco: que “no fue la necesidad de las cosas la que determinó el

sistema del terror; fueron las *ideas falsas* “. Y sobre las muchas y graves ideas falsas que por aquí circulan nos toca recapacitar.

Y los primeros en ponerse a ello, desde luego, los militares de ETA y sus conmitones de Herri Batasuna (o EH, que tanto monta). Si tuvieran “respeto de la realidad de Euskal Herria”, como pregona su redactor-jefe, no tendrían por qué intentar cambiarla a bombazos y amenazas. Basta que confiesen que, al negarse esa realidad a ser como al parecer debe ser, sus feroces atentados sólo tratan de apuntalar la ficción de su Causa. Pero esa mentira real se adoba una y otra vez con falsedades teóricas que alimentan la tragedia. Quien sostiene que “la esencia de un pueblo” se compone tan sólo de realidades lingüísticas, sociales, económicas y tradicionales, no ha de sentir reparo en despreciar la conciencia y voluntad política de sus gentes. Menos aún si estas buenas gentes se hallan infestadas de españoles y *zipayos* . Quien de veras cree que los ciudadanos vascos están “sojuzgados bajo dos Estados fuertes”, tiene que predicar la doctrina de la guerra santa contra los invasores.

Además, en cuanto se atribuye “derechos” secularmente desairados a Euskal Herria o a su lengua o a su territorio, ya no hay lugar para las únicas libertades dignas de tal nombre, que son las individuales de sus habitantes; en realidad, se instituye la violencia como el primer derecho y el más sagrado de los deberes civiles. Si se consideran “mínimos democráticos” a los que en todo caso serían hipotéticos resultados del ejercicio de la libre voluntad ciudadana, si a semejante proclama la ignorancia o el sarcasmo se empeñan en denominarla “democrática”, entonces apaga y vámonos. Será que la democracia cambia de contenido cuando se transforma en la “democracia vasca”, esa que incita a la “persecución social” de la mayoría discrepante. En suma, la soñada Euskadi una, grande y libre sólo puede venir a sangre y fuego o, en todo caso, por la vía de la persecución. A veces se olvida que los *nazis* también eran nacionalistas.

No menos falsas, porque en lo esencial apenas difieren, y de efectos letales para las conciencias son las ideas nucleares del nacionalismo moderado. Sus prohombres se han quejado a gritos de las críticas de los intelectuales vascos, aunque sin saber replicar con

razones a una sola; nos hemos cuidado de no arrojarles en brazos de los extremistas, pero ellos solos han acudido a su llamada de socorro. Al fin y al cabo, ya recordarán, temían más a España que a ETA. Bueno, pues aquí tienen los frutos de su Formación del Espíritu Nacional y éstos son sus hijos respondones, que no han hecho sino apurar las conclusiones de las enseñanzas paternas. Gracias a unos y a otros algunos aprendimos que, siendo lo peor las pistolas, no dejan de ser también perversas unas ideas (sus presupuestos de partida, sus propósitos finales) tan infundadas que sólo pueden imponerse por medio de la coerción social o por miedo a las pistolas.

¿Y qué decir de la complicidad objetiva con la sinrazón, tal como se contiene en los principios públicos de algunos tenidos por pacifistas y progresistas en los últimos tiempos? Hablo del pensamiento pastoral de monseñor Setién, para quien no es cosa de discutir “quién tiene razón” de los adversarios y duda en tachar de no cristianos a nuestros criminales, por la “gran dosis de generosidad” que a éstos les inflama; una autoridad eclesiástica a la que, una vez reducidas a simples muertos, “sea cual sea su causa”, le duelen por igual todas las víctimas; que rechaza el “rigor de los posicionamientos democráticos”, porque su ética política le aconseja con pragmatismo no situar el debate “en la línea del deber ser, sino en la línea de lo que podemos hacer”. Un obispo, en fin, tan ecuánime y de tan amplias miras que solicita conceder “a las aspiraciones de ETA una posibilidad de salida, y que lo que ellos aspiren pueda ser legítimo”... Y uno no tiene más remedio que preguntarse si con estos mimbres se puede fabricar la paz justa.

Hay que referirse también a las impagables lecciones teóricas de Elkarri. Pues estos presuntos mediadores metidos a moralistas no temen erigir por escrito la *utilidad* en criterio central para juzgar de la bondad o maldad de la violencia política y, en fin, vocear ese disparate de una “ética del poder normativo de los hechos” que habría despertado la envidia de Maquiavelo. Y no olvidemos a los desinteresados propulsores de una tercera vía que, como en esta extraña contienda ya decretaron que no debe haber vencedores ni vencidos, nos invitan a entregar complacidos la cartera al asaltante porque éste ha prometido no excederse en sus furores. Ni tampoco a esa Izquierda unida en su miopía, ignorante a estas alturas de que, si el nacionalismo es ideología integrista y propia de la derecha política, su

versión radical por fuerza será la extrema derecha. Ni a tantos y tantos (y el primero, el Parlamento Vasco) que, a falta de una idea sólida de justicia, dedicaron a los agresores la compasión que primero se debe a los agredidos. Ni a quienes, al combatir en un día lejano el terror con el terrorismo de Estado, emponzoñaron aún más las conciencias sin que algunos todavía, aun condenados, muestren su vergüenza por ello...

Porque esta no puede ser la hora del triunfo de todos ellos, sino la de su fracaso. De modo que nuestra sociedad debe guardarse de caer en un colosal “síndrome de Estocolmo” de gratitud a quien de momento nos perdona la vida. A ETA no le debemos nada, salvo la miseria moral y política en que ha sumido a nuestro país y la enorme energía que a todos nos ha robado. Y al tibio que nos acuse de intolerantes le responderemos que la virtud aludida nada tiene que ver con la indiferencia, la rendición moral o la pereza mental. Y al que nos culpe de revanchismo le recordaremos que una guerra injusta sólo puede acabar con la petición de perdón a sus víctimas. Y al que nos reproche que hay que mirar al futuro, y no al pasado, le diremos que ese pasado continúa por desgracia siendo presente y que *no habrá un futuro pacífico para el País Vasco mientras se pretenda alumbrarlo con ideas belicosas.*

¿Una tregua de las armas? Bienvenida sea, pero, con vistas a una productiva tregua de las almas, la emplearemos en no dar cuartel a las ideas que han traído o mantenido el terror y en cualquier instante pueden reiniciarlo. ¿Que por fin comienza la política? Nos alegramos de veras, pero aún dista mucho de ser una política democrática. Fijense si nos sobran cosas para pensar sin tregua.

